

El Viernes Santo del 2009, nuestro hijo Marco, que acababa de regresar a Monza desde Roma, donde enseñaba Historia de la Teología e Historia de la Filosofía Medieval en las universidades y los Ateneos Pontificios, nos dejó improvisamente por causa de un aneurisma cerebral, volviendo a la Casa del Padre.

Deseamos regalar una copia de una carta que Marco había escrito a un alumno suizo que estaba por ser ordenado diácono, que hoy es sacerdote y que quiso destacar la figura de Marco con un mensaje que nos llegó poco después de que él recibiera la noticia de su fallecimiento. Se expresa así:

“... He encontrado una larga carta que Marco me había enviado con ocasión de mi ordenación diaconal. La carta es un testimonio único de ese profundo amor por la Iglesia que llevaba en el corazón y de su extraordinariamente teológica. Su contenido lo tengo como su testamento espiritual dirigido a mí y lo llevaré en el corazón.

... era amigo de todos y ayudaba a todos. Él mismo me confiaba que escribía decenas y decenas de homilias para sacerdotes extranjeros que no conocían bien el italiano. Trabajaba continuamente por sí mismo y por muchos más. Durante todo el año daba horas de clases para ayudar a aprender italiano y yo me encontraba entre aquéllos que acudían. “Todo por el Reino de Dios”, como solía decir, o sea, gratuito.

... Marco no era sólo grande de estatura, sino un coloso de la vida cristiana. Para mí era un gran ejemplo, al que he elevado siempre la mirada, más por su testimonio de vida que por su inteligencia y sus conocimientos teológicos. Una parte de mi camino vocacional y mi arribo al sacerdocio es también gracias a él, a sus oraciones y la amistad que me profesó.

Mi capacidad para hablar, escribir y traducir una lengua que me era completamente extraña se debe también en gran parte a Marco. No habían pasado ni cinco meses de mi estancia en Italia cuando hice, gracias a la ayuda de Marco, un trabajo escrito para un seminario sobre Santa Teresa de Lisieux que envió adjunto como testimonio de su capacidad para enseñar y del tiempo inmenso y precioso que me dedicó...”

A nosotros la carta de Marco nos ha parecido muy significativa y providencial y la quisiéramos compartir con muchos futuros sacerdotes con ocasión del año que el Santo Padre ha dedicado al “Sacerdocio”.

Franco y Olimpia Arosio

P. D.

Marco no era sacerdote, sino profesor laico, creyente y observante, que amaba a la Iglesia Católica. Era un testigo coherente, capaz de expresar en modo

claro y preciso las verdades difíciles y de acercar y encarnar la fe con sus obras de cada día, en particular, en la profesión docente y formativa. En una carta de consolación a una persona amiga que pasaba momentos de dolor le escribía lo siguiente: “Confío en Dios: en Dios solo está mi esperanza. El lugar del discernimiento es la oración sobre la Palabra, mediante la escucha de la Sagrada Escritura en los salmos de alabanza, hora media y Vísperas, pero es sobre todo en la oración mariana del Santo Rosario...” que él recitaba a diario.

Tu vida de sacerdote será un eterno canto de Amor...

Roma 15 de mayo de 2006

Estimado:

El próximo 20 de mayo no podré asistir personalmente a tu ordenación diaconal; estaré, sin embargo presente con mi más fraterna y sincera oración, frente al altar de Dios que está en la iglesia de San en, ante el cual darás el primer paso, subirás el escalón que te conducirá a ser consagrado sacerdote para siempre.

Has sido llamado a una vocación sublime y elevada: celebrar el sacrificio de la salvación, consagrar las especies eucarísticas, que, en la celebración de la Santa Misa, hacen a Cristo presente y real, viviendo y trabajando en su Iglesia, débil y pecadora, pero confiada en la gracia y la bendición de Dios.

Es el sacerdote quien celebra el sacrificio eucarístico: en pocos meses, serás llamado a este ministerio arcano y admirable. Recuerde siempre que la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, exige la realización de una acción que configurará tu propio ser, tu persona y sacerdocio. Al ofrecer el sacrificio del altar, recuerda que tendrás que ofrecerte a ti mismo junto con el sacrificio, signo de disponibilidad para la oblación total, que abarca la totalidad de tu tiempo, sacralizado en la diaconía de la caridad vivida por amor de Cristo.

Habrás dificultades, momentos críticos, etapas del sufrimiento, especialmente espiritual: no tanto por el peso del ministerio que estás por comenzar, ni sólo en la envergadura enorme de la batalla que hay que librar contra el pecado y las seducciones del maligno. Se tratará, ante todo, de eventos en ámbito eclesial, clérigos, situaciones de escándalo en el seno mismo de la Iglesia Católica, persecuciones injustas, crueles y absurdas *in partibus fidelium*. Todo ello pondrá a prueba tu fe sacerdotal.

Abrázate siempre, de modo absoluto, total, invencible e inseparable a la Cruz: el instrumento del anonadamiento y de la derrota se ha convertido para nosotros, los cristianos, en el arma de nuestra victoria. Permanece siempre con María al pie de la cruz: ésa es la fuente inagotable del sacramento eucarístico que marca la calidad de tu vocación sacerdotal. Ése es el lugar de la revelación del poder sobrenatural de la Gracia: elevado de la tierra, Cristo atrae hacia sí pueblos de todas las naciones de los cinco continentes, hasta los confines de la tierra.

A Cristo por María: es una regla antigua; si quieres, simple y humilde, pero tan verdadera y eficaz para todo sacerdote que quiera dedicar íntegramente su vida al servicio del Evangelio.

Cada día, la fidelidad al Breviario, que marca los ritmos de la oración y de la caridad, y la devoción al Santo Rosario, que nos recoge en lo íntimo de nuestro interior dándonos paz, serenidad, iluminación e infinitas gracias mediante la intercesión de la Virgen.

Habitarse a resistir: siempre, a cualquier precio, como soldado de primera fila, que combate sin sustraerse a sus deberes, sin retroceder un solo milímetro para no ceder ante el enemigo.

La experiencia de una vocación cristiana, sacerdotal, religiosa y matrimonial puede ser paragonada con un *maratón*: gana el que consigue llegar íntegro y sin haber perdido la fe hasta el final. Se corre, pero el paso debe ser pausado, rítmico, gradual, para no quemar todas las fuerzas en los primeros kilómetros. Hay que saber dosificar: día tras día, mes tras mes, año tras año. Con el salmo 89 pedimos a Dios, *enséñanos a contar nuestros días y alcanzaremos la sabiduría del corazón*. Lo importante es ganar en el último metro, no estar adelante en los primeros cien. Un maratón: paso lento, pero constante; así como el paso rítmico de los habitantes de la montaña que saben cómo se llega a la cima, mientras que los turistas domingueros corren para detenerse exhaustos

a mitad del recorrido. Que eso no suceda jamás. La vocación sacerdotal no es para aquéllos que *vuelven la vista atrás para dejar el arado* a la mitad de la labor. Es una gracia y un don que deben contagiarse siempre de manera incansable e ininterrumpida, irradiando fe, esperanza y caridad a cuantos les rodean.

Tu es sacerdos in aeternum. El Señor te ha llamado a servirlo con la entrega total de tu corazón, de tu mente, de tus energías. Ya no eres tú quien vives para conseguir fines humanos pasajeros y efímeros, es Cristo que vive en ti y que obra en ti prodigios imposibles a las capacidades humanas para llevar a plenitud el Reino de Dios, que está ya, pero todavía no, que vendrá glorioso y permanecerá por los siglos de los siglos.

Con ocasión de nuestro último coloquio ante una pizza *francescana* y una *cardinalizia*, expresaste tu temor de no poder llegar a aquéllos que están lejos de Cristo. No te preocupes. En realidad sucede lo contrario: un sacerdote santo que viva con coherencia su propia misión de evangelizador es como una luz que brilla en las tinieblas. Aquéllos que vagan en la oscuridad buscan esa luz, la anhelan con esperanza, buscan esa fuente de la vida que les permita salir de la lúgubre angustia, del pecado y del mal. Sólo Cristo es capaz de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. No tienes que salir, más bien tienes que esperar: lo que importa es que tú vivas con sinceridad y fidelidad tu vocación al servicio de Cristo y de la Iglesia católica. Entonces serás sal y luz para tu gente en tierra helvética, de la cual vendrán numerosos evangelizadores y santos. ¿Cuál es el método pastoral? Uno solo que no requiere estudios ni estrategias particulares: la fidelidad al Evangelio, *sine glossa*. La coherencia y la santidad del clero engendran laicos santos, familias cristianas santas, vocaciones sacerdotales santas, presbíteros, religiosas y obispos santos etc. Es una cadena ininterrumpida de Gracia en la que *Bonum es diffusivum sui*.

El sacerdote es como un imán, que atrae a sí sólo para atraer hacia Dios, mediante la energía de atracción de la Gracia que hay en él, no por su mérito, sino por la sobreabundante misericordia de Dios, que lo ha llamado a una misión de intermediario entre el Cielo y la tierra mediante el servicio de la Palabra y de los Sacramentos. San Pablo escribe: *aun sin deberle nada a nadie, me he hecho siervo de todos para ganar al mayor número para Cristo. Me he hecho judío con los judíos, me he hecho como quien está bajo la ley, me he hecho débil con los débiles, me he hecho todo a todos para salvar a cualquier precio a alguno.* Éste es todo el secreto de la pastoral. Lo demás son habladerías más o menos doctas, más o menos fundadas, aptas para dar trabajo a un grupo prevalente de sacerdotes y monjas llamados “especialistas de pastoral”, que de lo contrario quedarían desocupados. El sacerdote es un imán que atrae hacia sí a quienes están en el pecado, en el dolor, en la necesidad, en la desesperación: los más pobres, los más débiles, los más enfermos, sobre todo espiritual y moralmente. Son los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos quienes, en la parábola de Lucas, son invitados a la cena en lugar de los primeros comensales, tan esperados como descorteses. El evangelista Mateo aplica el contenido de la parábola al banquete nupcial del Hijo del Rey: Él ordena a sus siervos ir a los cruces de las calles y llamar a la fiesta a todos cuantos encuentren. Cada hombre debe poder participar en las “bodas” místicas de Cristo, Redentor y Santificador, con la Iglesia.

El sacerdote es un *pastor*: su participación en la función de Cristo lo induce a identificarse con el Buen Pastor. El ejercicio de esta autoridad debe realizarse desde la humildad que Jesús nos ha enseñado con la ocasión del lavatorio de los pies a sus discípulos: Cristo, que es el Maestro, *no ha venido para ser servido, sino para servir*. Es, pues, la humildad el terreno que permite que la caridad florezca fecunda y llena de una tensión de amor, capaz de ponerse al servicio del Pueblo de Dios. San Bernardo, refiriéndose al modelo mariano que el sacerdote debería meditar, escribe: “la

humildad da más valor a la virginidad y la virginidad adorna la humildad. La virginidad es, indudablemente, una virtud encomiable, pero la humildad es todavía más necesaria. La primera se nos aconseja, la segunda se nos ordena; a la una se te invita, a la otra estás obligado.” Serás pastor de una grey: no importa si será pequeño o grande, si en una ciudad prestigiosa o en un pueblo desconocido en las montañas. Donde hay un altar consagrado a Dios, ahí está la Iglesia. La grey está bajo la protección del pastor. De aquí brotan las dos posibles actitudes del presbítero: comportarse verdaderamente como pastor que ama sus ovejas hasta entregar la vida, o ser como el mercenario que huye ante el lobo. Será esta la opción prioritaria de tu vida: Dios te pedirá cuentas cuando te presentes ante Él en el día final. ¡Qué tremenda responsabilidad porque Él es celoso por las almas de sus creaturas que confía al cuidado pastoral de un sacerdote! Ama con la misma intensidad que el Corazón de Cristo a las ovejas que te serán confiadas y procura, no sólo no perder una sola, sino ganar muchas más para el seguimiento del Evangelio: no las juzgues, no las desprecies, no las apartes. Ten compasión de ellas, de sus debilidades, de sus límites, de sus imperfecciones. Ámalas con la misma ternura de una madre: edúcalas con la energía viril de un padre, como el padre y la madre que ven crecer ante sus ojos sus queridos hijos. Ámalas: eso es todo. Sólo esto se te pide, pero con un corazón indiviso. El verdadero pastor *da la vida* por sus ovejas, el mercenario *huye* ante el peligro. ¿Cuáles son los lobos de hoy? No habiendo persecuciones directas y físicas, los lobos de hoy son las críticas, el martirio cotidiano de la incomprensión, de la calumnia, de la murmuración que ataca a quienes son fieles a Cristo y a la Iglesia Católica, la lapidación periodística de la cerrazón, de la hipocresía, de la mentira, carentes de verdad y de misericordia. Pero tú nunca tengas miedo, nunca respondas con odio, no temas nunca estando bajo la asistencia potente de Dios: Él es un Dios fiel. Pone nuestra fe a prueba, pero no deja que nuestros “enemigos” nos destruyan; el Señor nos prueba duramente, como el oro en el crisol, pero no nos entrega a la muerte. *Nuestra defensa es el Señor: Él salva a los rectos de corazón. El Señor bendice al justo: su benevolencia es como un escudo.*

El verdadero pastor no huye; como Cristo, para salvación de la entera humanidad, acepta recorrer el camino doloroso del Calvario y la tortura de la Crucifixión. Es un juramento de fidelidad que marcará y seguirá tu vocación presbiteral por toda la vida. En nuestras diócesis europeas – al menos por el momento – dar la vida por las ovejas no significa *morir por*, sino más bien *vivir por* aquéllos que se encomiendan al cuidado pastoral de los sacerdotes. Es el requerimiento exigente de una coherencia total, sobre todo en la vivencia de las tres promesas: castidad, pobreza y obediencia, indispensables para servir al Señor.

Castidad de un corazón consagrado a Cristo y nunca esclerotizado con el egoísmo y la mediocridad; pobreza voluntaria como un estilo evangélico de vida; obediencia total a la Palabra de Dios incluso antes que a las autoridades eclesíásticas.

Se te presenta un recorrido de vida exigente pero luminoso: vale la pena vivirlo en profundidad, íntegramente, sin anteponer obstáculos, torpores, incertidumbres, que podrían desdibujar su belleza, su santidad y su perfección.

Totus Tuus. Todo de Dios, para el cuidado pastoral de las almas. Tener el mismo Corazón de Cristo: misericordioso, inmenso, amante de la verdad como forma suprema de libertad, abierto al diálogo, pero firme en sus principios, capaz de donarse y sacrificarse. ¿Qué problemas, qué dificultades pueden atacar al sacerdote resquebrajando su temple y su determinación? Nada. ¿Quién o qué cosa podrá apartar a un joven que ha dado la propia vida a Cristo de este amor tan intenso y profundo? Nadie ni nada. Si no estás en pos de carreras, promociones, poder, dinero, fama humana (efímera y pasajera), entonces *todo es Gracia.* ¿Quién nos separará del Amor de Cristo? ¿La

tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? El Apóstol nos confirma que precisamente en todo esto *nosotros somos más que vencedores por el poder de aquél que nos amó.*

En la promesa solemne que harás ante el altar del Señor, escucho el eco esas exigentes palabras del Apóstol que has tomado como lema para la ordenación diaconal: *vigila atentamente, soporta los sufrimientos, lleva a término tu obra de anunciador del Evangelio, realiza tu ministerio.* ¡Qué síntesis tan perfecta de una vocación sacerdotal! Que Dios te conceda la Gracia de poder realizar este proyecto de vida que aparece tan sencillo y ordinario en el papel, pero que, en la práctica existencial, se revela exigente y requiere sacrificios generosos y heroicos.

Cada instante de tu vida sacerdotal corresponderá a la articulación eterna de un coloquio existencial, continuo e ininterrumpido con la fuente de la Gracia, o sea, de la alegría, de la esperanza, de la caridad. *Omnia vestra in caritate fiant*, nos amonesta S. Pablo: que cada acción y pensamiento se desenvuelva en el Amor de Dios. Entonces tu vida de presbítero será un eterno canto de Amor que sube como *scala Iacob*, de la tierra al cielo, uniéndose a las armonías celestiales de los ángeles que cantan eternamente la gloria de Dios.

La vocación sacerdotal a la que has respondido con confiado abandono en la voluntad de Dios es un llamado a vivir el único y perenne sacerdocio de Cristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza y único Mediador entre Dios y los hombres. Ten siempre presente que las almas han sido redimidas con el precio de la sangre inocente de Cristo: el servicio sacerdotal de Jesús, que culmina en la ofrenda de sí mismo como víctima pascual, se prolongará también en tu ministerio sacerdotal.

Seguí tu formación como seminarista personalmente por un año en Roma y luego a distancia con la oración. Ya casi estás en la meta, el puerto ya está a la vista: unos pocos meses más y serás sacerdote de Dios. ¿Cómo vivir este tiempo de espera? *Noli foras ire: in te ipsum redi. In interiore homine habitat veritas*, invita S. Agustín. Entra en ti mismo y busca, ante todo con la oración, la adecuada determinación, atención y fortaleza para vivir en plenitud el evento de tu ordenación sacerdotal.

Trato de imaginar tu emoción, las largas esperas y las últimas dudas, la sensación de estar a un paso del gran día de la ordenación. Es la hora de *suplicar y agradecer*. Suplicar a Dios su fuerza y su bendición como viático para un largo camino por recorrer. Agradecer el gran don de la vocación, un don que irás aprendiendo a valorar conforme vayas creciendo en tu vida sacerdotal.

Te envío un saludo en espera del 20 de mayo: a partir del día de hoy te recordaré en la oración recitando una decena del Santo Rosario cada día hasta aquel feliz día de tu ordenación diaconal. Me agradecería recibir – quizá por e-mail – al menos una fotografía como recuerdo de la ceremonia.

Con un abrazo fraternal: Prof. Marco Arosio.